

Brasil: que la copa no tape el bosque

Juan Bautista Lucca

Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Las pasiones mueven montañas, pero muchas veces también colaboran a colocar un obstáculo, intencionadamente o no, en el camino de los pueblos. Sin lugar a dudas, el Mundial de Fútbol Brasil 2014 es un ejemplo claro de un mosaico roto en múltiples fragmentos, capaz de ser leído e interpretado de una y mil formas, pero cuyo magnetismo es enorme tanto para el análisis social y político como para las pasiones mundanas. En este sentido, resultó innegable que durante un mes, todos aquellos con una “sensibilidad futbolera” no pudieron ser indiferentes al derrotero de la pelota hacia el gol, de las gambetas de nuestros ídolos de mercado más jóvenes, e inclusive potenciar –parafraseando a Eduardo Galeano– la idea de que la selección era “la patria en pantaloncitos cortos” y por ende dar rienda suelta al resurgimiento de un nacionalismo de baja intensidad –pero nacionalismo al fin– que pudo retratarse en el encono entre argentinos y brasileños, en la modalidad de los festejos de los alemanes, en la defensa del concepto de garra charrúa en los dientes de Luis Suarez o, cuando no, en la ira desatada contra el réferi.

Ahora bien, la pasión no solo mueve montañas, sino también suele cegar, distorsionar o muchas veces revelar la mirada, y el mundial de fútbol debe ser pensado en cierta consonancia con lo que acontece en la fiesta de carnaval, como una manifestación popular, que se produce de forma cíclica, que se instituye como una pausa en la cotidianidad y el orden normal de las cosas. En este sentido, y parafraseando a Freud,


puede señalarse, por un lado, que el carnaval, como el mundial de fútbol en este caso, sería un exceso permitido, un comportamiento ritual y tradicional de válvula de escape a las penurias cotidianas de las clases subalternas; aunque, por otro lado, tal y como señalara Roberto Da Matta en su ensayo *Carnavais, heróis e malandros*, su carácter excepcional no hace más que confirmar el orden dado de las cosas en el tiempo normal de la ley.

Sobre esta base, creemos necesario analizar el Mundial de Fútbol Brasil 2014 desde una perspectiva que, imbuida en los avatares de la propia dinámica social y política brasileña, logre evidenciar las tensiones de poder que se ponen en juego, como por ejemplo, entre las corporaciones mediáticas y el gobierno en torno al éxito/fracaso del evento; entre las movilizaciones y actos de protesta en torno a la copa y la figura presidencial de Dilma Rousseff; o inclusive en el uso de la Copa en la puja entre los principales precandidatos presidenciales. Es decir, la Copa del Mundo se presentaba, para el Brasil contemporáneo, como un evento en el que se ponen en juego muchos más elementos que la simple gloria y regocijo futbolero.

En primer lugar, es necesario advertir que la realización de los dos eventos deportivos de mayor trascendencia mundial (Copa Mundial de Fútbol y Olimpiadas) en territorio brasileño, son la consecuencia de una década de crecimiento económico, de recuperación democrática y de ampliación de derechos sin precedentes tras una larga década de desertificación neoliberal. De esta manera, la posibilidad del diálogo social abierta por Lula en 2002 y la continuidad en los períodos posteriores de la ampliación de la participación ciudadana permiten entender el resurgimiento de la sociedad civil brasileña, evidente en las extensas y complejas protestas de 2013, y que un evento como la Copa Mundial de Fútbol pueda convertirse en una caja de resonancia para múltiples voces. Sin embargo, en este heterogéneo magma



http://en.wikipedia.org/wiki/International_reactions_to_the_Gaza_War



Si bien el 7 a 1 frente a Alemania fue para Brasil el peor de sus fracasos deportivos, en términos de la gestión estatal de la Copa el saldo fue positivo, ya que el miedo al “caos brasileño” que mucha de la prensa internacional y local alentaba vinculado a problemas de seguridad no tuvo correlato alguno, aunque en contrapartida la visión gubernamental de que el legado de la “copa de copas” sería inmejorable para la sociedad brasileña tampoco tuvo un impacto directo.

social que se manifestó en torno al Mundial, no todas las expresiones son equivalentes, puesto que conviven múltiples contradicciones, como por ejemplo:

1. Por un lado, la demanda del derecho a la vivienda en el asentamiento “Copa do Povo” por parte del Movimiento Sin Techo en San Pablo, y, por el otro, la reprobación a través de silbidos a la figura de Dilma Rousseff en el partido inaugural por parte de la “elite blanca”, según lo calificó el propio Lula, que aprovechó claramente el flujo económico que trae la copa pero culpó al gobierno de cualquier desacierto en la gestión pública del evento.
2. Por un lado, el descontento de un tercio de la población por los gastos en la organización de la copa (11 000 millones de dólares) y no en la utilización de esos fondos en mejoras de tipo “padrón FIFA” en la salud, educación e infraestructura, y, por el otro, el descontento manifiesto en primera plana en los días previos al inicio del Mundial por uno de los principales diarios brasileños –*Folha de Sao Paulo*– en torno a las falencias en la obra pública destinada al Mundial (aeropuertos y estadios sin terminar) o inclusive enfocándose en problemas históricos de Brasil que requieren la atención del Estado, cuando en el pasado neoliberal reciente fueron los principales agoreros del achicamiento del gasto público y la intervención del Estado.

En segundo lugar, cabe destacar que la realización del Mundial de Fútbol 2014 es uno de los tantos intentos brasileños de mostrarse como país “emergente” que abandona la semiperiferia para posicionarse en el centro de la escena internacional, tal y como ocurriera, por ejemplo, con España en el Mundial de 1982 o con las Olimpiadas en Barcelona una década más tarde.



http://en.wikipedia.org/wiki/International_reactions_to_the_Gaza_War

Ahora bien, esta tentativa brasileña de potenciar su rol como potencia regional y nuevo interlocutor global convive con la paradoja de una estrategia que, cual rostro de Jano, en algunos casos se muestra como un “subimperialismo regional” si observamos el peso de las corporaciones empresariales brasileñas en países vecinos como Bolivia o Paraguay o inclusive en países africanos como Santo Tomé y Príncipe, pero también ofrece un rostro en el que la “integración regional sur-sur” es una innovación singular dentro de la historia política brasileña que contrasta con la tradición llevada adelante por el Palacio de Itamaraty o bien la vocación noroccidental que durante los años 1990 llevó adelante Fernando Henrique Cardoso.

En tercer lugar, desde 1994, en Brasil las elecciones presidenciales de octubre coinciden con la realización de la Copa Mundial de Fútbol en el mes de junio; sin embargo la edición del Mundial de 2014 se esperaba sea la versión más politizada de todas, no solo por que se realiza en territorio brasileño, sino también porque se ponía en juego la posibilidad de reelección de la presidenta Dilma (PT) en alianza con un sector mayoritario del pragmático partido PMDB, el intento de renovación y retorno de los

“tucanos” del PSDB con la figura de Aécio Neves, o bien de dar la sorpresa a manos de los ex aliados y ministros del gobierno de Lula, como es el caso de Eduardo Campos (PSB) y Marina Silva (Rede Sustentabilidade). Si bien el 7 a 1 frente a Alemania fue para Brasil el peor de sus fracasos deportivos, en términos de la gestión estatal de la Copa el saldo fue positivo, ya que el miedo al “caos brasileño” que mucha de la prensa internacional y local alentaba vinculado a problemas de seguridad no tuvo correlato alguno, aunque en contrapartida la visión gubernamental de que el legado de la “copa de copas” sería inmejorable para la sociedad brasileña tampoco tuvo un impacto directo. En definitiva, aunque se estima que la victoria de Dilma, en segundo turno, aunque dificultosa, se pueda volver una realidad, una vez más, como cada cuatro años, el Mundial de Fútbol justamente en el “país del fútbol” no produjo una torsión de magnitud en el ritmo electoral.

En síntesis, la Copa del Mundo Brasil 2014 para el propio pueblo brasileño no terminó configurándose como un elemento de viraje sustantivo en el derrotero social, político e inclusive electoral; es decir, no pudo ser el fútbol el árbol que tapó el bosque.